

CAPITULO IV

COMO PUEDE DECAER LA ACTUAL CIVILIZACION

¹ La conclusión a que hemos llegado así, concuerda completamente con nuestras conclusiones previas.

² Este examen de la ley del progreso humano, no sólo pone las leyes de la Economía política, que en esta investigación hemos descubierto, dentro del ámbito de una ley superior —quizá la más elevada que nuestra mente puede alcanzar—, sino que prueba que el hacer la tierra propiedad común del modo que he propuesto, daría un impulso enorme a la civilización; mientras que negarse a hacerlo implica el retroceso. Una civilización como la nuestra debe avanzar o retroceder; no puede permanecer inmóvil. No se parece a esas civilizaciones homogéneas, como la del Valle del Nilo, que moldean a los hombres para sus sitios y los colocan en ellos como ladrillos en una pirámide. Se parece mucho más a la civilización cuyo nacimiento y caída están dentro de los tiempos históricos, y de la cual procede.

³ Precisamente ahora hay una predisposición a burlarse de toda insinuación de que no estamos progresando en todos conceptos, y la tendencia de nuestros tiempos es la de aquel decreto propuesto por el adulator primer ministro al emperador chino que hizo quemar los libros antiguos: “que cuantos osaren hablar juntos acerca del Chi y del Chu serían condenados a muerte; que quienes

mencionaran el pasado para censurar lo presente serían condenados a muerte juntamente con sus parientes”.

Sin embargo, es evidente que hubo tiempos de decadencia, como los hubo de progreso; y lo es, además, que estas épocas de decadencia no podían, al principio, ser reconocidas por la generalidad.

Hubiera sido temerario quien, cuando Augusto transformaba la Roma de ladrillos en la Roma de mármol, cuando la riqueza aumentaba y crecía la magnificencia, cuando las legiones victoriosas extendían las fronteras, cuando las costumbres se hacían más refinadas, el lenguaje más pulido y la literatura alcanzaba su más alto esplendor, hubiera sido temerario —repito— quien hubiera dicho que Roma estaba entrando en su decadencia. Y, sin embargo, así era.

Y cualquiera que mire verá que, aun cuando al parecer nuestra civilización adelanta con mayor rapidez que nunca, la misma causa que convirtió el progreso romano en retroceso, está obrando ahora.

Lo que ha destruido todas las civilizaciones anteriores ha sido la tendencia a la desigual distribución de la riqueza y del poder. Esta misma tendencia, obrando con creciente fuerza, se observa hoy en nuestra civilización, manifestándose en todos los países progresivos, y con mayor intensidad en los más adelantados. Los salarios y el interés tienden a bajar constantemente; la renta, a elevarse; los ricos, a hacerse mucho más ricos; los pobres, a quedar en el mayor desamparo y más desesperados, y la clase media, a desaparecer.

He seguido esta tendencia hasta su causa. He mostrado por qué medio sencillo se eliminaría esta causa. Deseo hacer ver *cómo*, si esto no se hace, el progreso tiene que convertirse en decadencia, y la civilización moderna degenerar en barbarie, como todas las civilizaciones anteriores. Vale la pena ver *cómo* puede suceder esto, ya que muchos, no viendo cómo el progreso puede convertirse en retroceso, piensan que esto es una cosa imposible. Gibbon, por ejemplo, pensaba que la civilización moderna no podía ser

destruida, porque no quedaban bárbaros para derribarla; y es una idea general que la invención de la imprenta, al multiplicar los libros, ha hecho imposible que los conocimientos se pierdan otra vez.

9 Las condiciones del progreso social, cuya ley hemos averiguado, son la asociación y la igualdad. La tendencia general de la evolución moderna, desde el tiempo en que por primera vez se perciben los resplandores de la civilización en las tinieblas que siguieron a la caída del Imperio de occidente, ha sido hacia la igualdad política y jurídica; hacia la abolición de la esclavitud; hacia la supresión de las servidumbres personales; hacia la eliminación de los privilegios hereditarios; hacia la sustitución del gobierno hereditario por el parlamentario; hacia el derecho del juicio individual en materia religiosa; hacia la más igual seguridad de las personas y de la propiedad de los altos y de los humildes, de los débiles y de los fuertes; y hacia la mayor libertad de movimiento y profesión, de la palabra y de la prensa. La historia de la civilización moderna es la historia de los avances en este sentido, de las luchas y triunfos de la libertad personal, política y religiosa. Y la ley general se manifiesta en que, cuando esta tendencia se ha afirmado, la civilización ha progresado, y tan pronto como ha sido reprimida o se la hizo retroceder, la civilización se ha detenido.

10 Esta tendencia ha alcanzado su expresión más completa en la República norteamericana, donde los derechos políticos y civiles son absolutamente iguales y, gracias al sistema de rotación de los empleos, hasta el aumento de la burocracia se evita; donde todas las creencias religiosas, y la falta de ellas, tienen iguales derechos; donde todo muchacho puede esperar ser presidente, todos los hombres tienen voto igual en los negocios públicos, y los funcionarios dependen todos, mediata o inmediatamente, de la elección popular por el corto plazo de su empleo. Esta tendencia tiene todavía que ganar varias victorias en Inglaterra en la extensión del sufragio y en la supresión de los vestigios de la monarquía, aristocracia y prelación; mientras a países tales como Alemania y

Rusia, donde el derecho divino es aún bastante más que una ficción legal, les queda aún mucho que andar. Pero esta tendencia es la que domina, y es sólo cuestión de tiempo, mejor dicho, de azar, que Europa sea completamente republicana más o menos pronto. Estados Unidos constituye, por lo tanto, desde este punto de vista, la más avanzada de todas las grandes naciones en una dirección en que todas avanzan, y en Estados Unidos vemos todo lo que esta mayor extensión de la libertad personal y política puede realizar por sí sola.

Ahora bien, el primer resultado de la tendencia a la igualdad política fue la tendencia a una más igual distribución de la riqueza y del poder; ya que, mientras la población es relativamente escasa, la desigualdad en la distribución de la riqueza es debida principalmente a la desigualdad de derechos personales, y sólo a medida que el progreso material adelanta, surge con fuerza la tendencia a la desigualdad que la reducción de la tierra a propiedad particular implica. Pero ahora es manifiesto que la igualdad política absoluta no evita por sí misma la tendencia a la desigualdad inherente a la propiedad privada de la tierra, y además es claro que la igualdad política coexistente con una tendencia creciente hacia la desigual distribución de la riqueza, debe finalmente engendrar el despotismo de la tiranía organizada o el despotismo, aún peor, de la anarquía.

Para convertir a un gobierno republicano en el despotismo más bajo y más brutal, no es necesario cambiar de forma sus instituciones ni abandonar la elección popular. Pasaron siglos después de César, sin que el señor absoluto del mundo romano pretendiera gobernar de otro modo que por la autoridad de un Senado, que ante él temblaba.

Pero las formas no son nada, cuando la substancia ha desaparecido, y las formas del gobierno popular son aquellas en que puede desaparecer más fácilmente la sustancia de la libertad. Los extremos se tocan, y un gobierno regido por el sufragio universal y por la igualdad teórica puede, bajo condiciones que incitan al

cambio, convertirse muy pronto en despotismo. Porque este despotismo avanza en nombre y con el poder del pueblo. Una vez conquistada la única fuente del poder, todo está conquistado. No hay clases oprimidas a que recurrir, ni clases privilegiadas que, defendiendo sus propios derechos, defiendan los de todos. Ningún dique puede detener la inundación; ninguna altura hay que esté fuera de su alcance. Barones armados y guiados por un arzobispo fueron los que contuvieron a los Plantagenet, con la Carta Magna; fue la clase media la que venció el orgullo de los Estuardos; pero una simple aristocracia de la riqueza nunca luchará mientras espere sobornar al tirano.

14 Y cuando la disparidad de condición aumenta, el sufragio universal facilita el apoderarse de la fuente del poder, porque es proporcionalmente mayor el poder que se halla en manos de los que no sienten interés directo en la marcha del Estado; quienes, torturados por la necesidad y embrutecidos por la miseria, están dispuestos a vender su voto al que mejor lo pague, y a dejarse guiar por el demagogo que más grite; o bien, exasperados por la opresión, hasta contemplarán al gobierno más abusivo y tiránico con la satisfacción que, según podemos imaginar, sintieron los proletarios y esclavos de Roma al ver a Calígula y a Nerón furiosos contra los opulentos patricios. En una nación con instituciones republicanas, en la cual una clase es demasiado rica para que sus riquezas se resientan sea cual fuere el modo como se administren los negocios públicos, y la otra tan pobre que unos cuantos dólares en días de elecciones le importan más que toda consideración abstracta; en que los pocos nadan en riquezas, y los muchos se agitan descontentos de un estado de cosas que no saben cómo remediar, el poder ha de pasar a manos de agitadores de baja ralea, que lo comprarán o lo venderán como los pretorianos vendían la púrpura romana, o a manos de demagogos, que se harán dueños de él y lo ejercerán durante algún tiempo, sólo para ser substituídos por demagogos peores.

15 Donde existe algo parecido a una distribución igual de la

riqueza —que es decir donde son generales el patriotismo, la virtud y la inteligencia—, cuanto más democrático sea el gobierno, mejor será; pero donde hay gran desigualdad en dicha distribución, cuanto más democrático sea el gobierno, peor será; pues, aun cuando la democracia corrompida no sea en sí misma peor que una autocracia corrompida, sus efectos sobre el carácter nacional serán peores. Dar el sufragio a los vagabundos y a los mendigos, a hombres para quienes poder trabajar es un regalo, a hombres obligados a mendigar, robar o morir de hambre, es invocar la destrucción. Depositar el poder político en manos de hombres amargados y embrutecidos por la pobreza, es como atar teas encendidas a unas zorras y soltar éstas entre las altas mieses; es arrancar los ojos a un Sansón y enroscar sus brazos a las columnas de la vida nacional.

16 Hasta el azar en la sucesión hereditaria o en la elección por suerte (sistema de alguna de las repúblicas antiguas) puede colocar a veces en el poder al sabio y al justo; pero una democracia corrompida tiende siempre a dar el poder a los peores. La honradez y el patriotismo son puestos en la balanza, y la poca escrupulosidad alcanza el triunfo. Los mejores gravitan hacia el fondo; los peores flotan en lo alto; y los viles sólo serán desalojados por otros más viles. Al par que, como el carácter nacional tiene que asimilarse gradualmente las cualidades con que se gana el poder y, por consiguiente, el respeto, esta desmoralización de la opinión avanza, y en el largo panorama de la historia, podemos verla una y otra vez transformando razas de hombres libres en razas de esclavos.

17 Así, en Inglaterra, durante el siglo anterior, cuando el Parlamento era un cuerpo cerrado aristocrático, podía existir una oligarquía corrompida, visiblemente separada de las masas, sin influir mucho sobre el carácter nacional, porque, en este caso, en la mente popular el poder estaba asociado con cosas distintas de la corrupción. Pero donde no hay distinciones hereditarias y habitualmente se ve elevarse los hombres, por sus bajas cualidades,

desde los sitios inferiores hasta la riqueza y el poder, la tolerancia de estas cualidades pronto se convierte en admiración. Un gobierno democrático pervertido ha de corromper al fin al pueblo, y cuando un pueblo está corrompido no cabe resurrección. Desaparecida la vida, sólo queda la carroña; y sólo falta que el arado del Destino la quite de nuestra vista enterrándola.

18 Ahora bien, esta transformación del gobierno popular en un despotismo de la especie más indigna y degradante, que es resultado inevitable de una distribución desigual de la riqueza, no es cosa de un futuro lejano. Ha empezado ya en Estados Unidos y avanza rápidamente ante nuestros ojos. Que nuestros Cuerpos legislativos bajen rápidamente de nivel; que los hombres de más alta competencia y carácter se vean precisados a huir de la política, y las artes de los trampistas se estimen más que la reputación del hombre de Estado; que el voto se dé con más indiferencia, y el poder del dinero sea cada vez mayor; que cueste más excitar al pueblo hacia la necesidad de reformas, y sea más difícil llevarlas a cabo; que las diferencias políticas ya no sean diferencias de principios, y las ideas abstractas pierdan su influencia; que los partidos vayan sometiéndose al mando de lo que en el gobierno general serían oligarquías o dictaduras; todo esto es prueba de decadencia política.

19 El tipo del crecimiento moderno es la gran ciudad. En ella se encuentra la mayor riqueza y la más profunda miseria. Y es en ella donde el gobierno popular ha degenerado más visiblemente. En todas las grandes ciudades americanas existe hoy una clase gobernante tan visiblemente definida como en los países más aristocráticos del mundo. Sus miembros llevan barrios en los bolsillos, hacen las listas de las comisiones nominadoras, distribuyen los destinos conforme a sus convenios y, aunque no tienen oficio ni beneficio, visten de lo mejor y gastan dinero con prodigalidad. Son hombres de influencia, cuyo favor han de procurarse los ambiciosos y cuya venganza tienen que evitar. ¿Quiénes son estos hombres? ¿Los sabios, los buenos, los instruidos? ¿Hombres que

han ganado la confianza de sus conciudadanos por la pureza de sus vidas, el esplendor de sus talentos, su probidad en los cargos públicos, sus profundos estudios de las cuestiones de gobierno? No; son jugadores, dueños de garitos, pugilistas o cosa peor, que han hecho un negocio de la dirección de las elecciones y de la compra y venta de los destinos y resoluciones oficiales. Apoyan a los que gobiernan estas ciudades, como la guardia pretoriana apoyaba los gobiernos de la Roma decadente. El aspirante a la púrpura, a ocupar la silla curul o a que lleven las fascas delante de él, debe ir o enviar emisarios a sus guaridas y hacerles regalos y promesas. Por medio de estos hombres, las corporaciones ricas y los intereses pecuniarios poderosos pueden llenar el Senado y los tribunales con hechuras suyas. Estos hombres son los que nombran los directores de escuelas, inspectores, asesores, miembros del Parlamento, representantes en el Congreso. Véase por qué, en muchas de las elecciones de distritos en Estados Unidos, un Jorge Washington, un Benjamín Franklin o un Tomás Jefferson no podrían ir a la Cámara popular de un Parlamento de Estado con más facilidad que bajo el "Ancien Régime" un campesino de baja extracción podía llegar a ser mariscal de Francia. Su mismo carácter sería una inhabilitación insuperable.

20

Teóricamente, somos demócratas acérrimos. La propuesta de sacrificar cerdos en el templo, difícilmente habría excitado más horror y más indignación en la Jerusalén antigua que entre nosotros el conferir un título de nobleza a nuestro ciudadano más eminente. Pero ¿no se forma entre nosotros una clase que tiene todo el poder de la aristocracia, sin ninguna de sus virtudes? Tenemos simples ciudadanos que ejercen autoridad sobre miles de millas de ferrocarriles, sobre millones de acres de tierra, sobre los medios de ganarse la vida gran número de hombres; que nombran los gobernadores de los Estados soberanos como nombran sus empleados; que eligen senadores como eligen apoderados, y cuya voluntad es tan suprema en los Parlamentos como la de un antiguo rey de Francia sentado en su trono. Las corrientes

subterráneas de los tiempos parecen arrastrarnos de nuevo hacia las antiguas condiciones de que soñábamos haber escapado. El desarrollo del artesanado y del comercio derruyó gradualmente el feudalismo cuando había llegado a ser tan completo que los hombres imaginaban el cielo organizado sobre la base feudal, y equiparaban la primera y segunda personas de la Trinidad al soberano y a su lugarteniente. Pero ahora el desarrollo de las fábricas y del comercio, actuando en un organismo social en que la tierra ha sido hecha propiedad privada, amenaza con obligar a cada trabajador a buscarse un amo, como la falta de seguridad que siguió al derrumbamiento del Imperio romano obligó a los hombres a buscar un señor. Nada parece exceptuarse de esta tendencia. La producción tiende a asumir una forma en que uno es amo y muchos siervos. Y cuando uno es amo y los otros sirven, el uno domina a los otros, aun en cosas tales como los votos. Y del mismo modo que el señor territorial inglés hace votar a sus colonos, así también el dueño de la fábrica de Nueva Inglaterra hace votar a sus obreros.

21 No cabe engaño, ante nuestra vista, hasta los cimientos de la sociedad van siendo socavados, mientras preguntamos: ¿cómo es posible que una civilización como ésta, con sus ferrocarriles, periódicos y telégrafos eléctricos, sea nunca destruida? Aunque la literatura no respira sino la creencia de que hemos dejado, dejamos y dejaremos el estado salvaje cada vez más lejos, hay síntomas de que actualmente retrocedemos hacia la barbarie. Pongamos ejemplos. Uno de los caracteres de la barbarie es la poca consideración hacia los derechos de la persona y de la propiedad. Que las leyes de nuestros antepasados anglosajones, para castigar el homicidio, impusieran una multa proporcionada a la categoría de la víctima, mientras nuestras leyes no hacen distinción de rango y protegen al humilde contra el grande, al pobre contra el rico, por la uniforme pena de muerte, se considera como una prueba de su barbarie y de nuestra civilización. Y de igual modo que en otro tiempo la piratería, el robo, el comercio de esclavos y el

bandolerismo se considerasen ocupaciones lícitas, es prueba concluyente del rudo estado de desarrollo desde el cual tanto hemos progresado.

22 Sin embargo, a pesar de nuestras leyes, el que sea bastante rico y quiera matar a otro, puede ir a cualquiera de nuestros grandes centros de negocios y de población, satisfacer su deseo, y entregarse después a la justicia con cien probabilidades contra una de no sufrir otro castigo que una prisión temporal y la pérdida de una cantidad proporcionada en parte a su propia riqueza y en parte a la riqueza y posición del hombre a quien mató. Su dinero no se pagará a la familia de la víctima, que ha perdido su protector, ni tampoco al Estado, que ha perdido un ciudadano, sino a los abogados que saben el modo de lograr dilaciones, encontrar testigos y obtener jurados que absuelvan.

23 Y de igual modo, si un hombre roba bastante, puede estar seguro de que, prácticamente, su castigo no será sino la pérdida de una parte de los productos de su robo; y si roba bastante para quedar con una fortuna, será felicitado por sus amigos, como lo era un pirata normando al volver de una expedición victoriosa. Aunque cometa un abuso de confianza, aunque robe a la viuda y al huérfano, si logra conservar lo suficiente, puede sin peligro ostentar su riqueza a la luz del día.

24 Ahora bien, la tendencia en esta dirección va en aumento. Se manifiesta con gran fuerza donde las desigualdades en la distribución de la riqueza son mayores, y se manifiesta a medida que ellas crecen. Si esto no es volver a la barbarie, ¿qué es? Las citadas deficiencias de la justicia son sólo ejemplos de la creciente debilidad de nuestro mecanismo legal en todos sus ramos. Se oye con frecuencia decir a la gente que sería mejor retroceder hacia las costumbres primitivas y abolir la ley, porque entonces, en su propia defensa, el pueblo formaría comités de vigilancia y se haría justicia por sí propio. ¿Indica esto avance o retroceso?

25 Tales observaciones se hallan al alcance de todo el mundo. Aunque no lo digamos francamente, la fe general en las institu-

ciones republicanas disminuye y se debilita, donde han llegado a su completo desarrollo. Ya no existe aquella confiada creencia de otros tiempos en la república como fuente de la prosperidad nacional. Los hombres pensadores empiezan a ver sus peligros sin saber el modo de evitarlos; empiezan a aceptar las ideas de Macaulay y a desconfiar de las de Jefferson (1). Y el pueblo en general se acostumbra a una corrupción cada vez mayor. El signo político de peor agüero en Estados Unidos es hoy la opinión creciente que pone en duda la existencia de un hombre honrado en una oficina pública, o le considera tonto por no saber aprovechar las oportunidades. Es decir, que el pueblo mismo se está corrompiendo. De manera que ahora, en Estados Unidos, el Gobierno republicano sigue el camino que tiene que seguir inevitablemente bajo las condiciones que causan la desigual distribución de la riqueza.

26 Meditando un poco es fácil ver con claridad a dónde nos conduce la marcha emprendida. Cuando la corrupción se haga crónica; cuando se pierda el espíritu público; cuando la tradición del honor, la virtud y el patriotismo se debiliten; cuando se desprecie la ley y no quede esperanza de reforma, entonces, en las masas enconadas, se engendrarán fuerzas volcánicas que han de desgarrarlo y destruirlo todo en cuanto se les presente una ocasión favorable. Hombres fuertes y sin escrúpulos, elevándose oportunamente, se convertirán en intérpretes del ciego deseo o de las violentas pasiones populares, y arrinconarán las instituciones que hayan perdido su vitalidad. La espada será de nuevo más poderosa que la pluma, y en medio del desenfreno de la destrucción, la fuerza bruta y el salvaje frenesí alternarán con el letargo de una civilización declinante.

27 Hablo de Estados Unidos porque constituye la más avanzada de todas las grandes naciones. ¿Qué diremos de Europa, donde los diques de las antiguas leyes y costumbres aprisionan las hir-

(1) Véase la carta de Macaulay a Randall, el biógrafo de Jefferson.

vientes aguas, y los ejércitos permanentes pesan sobre las válvulas de seguridad, mientras los fuegos interiores se hacen gradualmente más ardientes? Europa tiende al republicanismo bajo condiciones que no admitirán el verdadero republicanismo, ¡bajo condiciones que sustituyen la figura serena y augusta de la Libertad por la petrolera y la guillotina!

28 ¿De dónde vendrán los nuevos bárbaros? ¡Pasad por los barrios miserables de las grandes ciudades, y desde ahora podréis ver sus hordas amontonadas! ¿Cómo morirá la ciencia? ¡Los hombres dejarán de leer y con los libros encenderán hogueras o los convertirán en cartuchos.

29 Estremece pensar cuán débiles serían los restos de nuestra civilización si pasase por las agonías que han acompañado a la decadencia de toda civilización anterior. El papel no tendrá la resistencia del pergamino, ni nuestros más macizos monumentos y construcciones son tampoco comparables en solidez con los templos labrados en la roca y los titánicos edificios de las civilizaciones antiguas (1). Y la inventiva nos ha dado no sólo la máquina de vapor y la prensa de imprimir, sino también el petróleo, la nitroglicerina y la dinamita.

30 Sin embargo, insinuar hoy que nuestra civilización puede acaso conducirnos a la decadencia, parece desvarío del pesimismo. Las tendencias especiales a que hemos aludido son evidentes para los hombres pensadores; mas para la mayoría de éstos, así como para las grandes masas, la fe en el progreso sustancial es todavía profunda y fuerte, una creencia fundamental que no admite sombra de duda.

31 Pero quien medite sobre ello verá que así tiene que ocurrir necesariamente donde el progreso se convierte gradualmente en

(1) También, a mi juicio, es instructivo advertir cuán inadecuada y completamente errónea sería la idea que acerca de nuestra civilización podría formarse por los monumentos religiosos y funerarios de nuestro tiempo, que son todo lo que nosotros tenemos para formar nuestro concepto de las civilizaciones sepultadas.

retroceso. Porque en el desarrollo social, como en todos lo demás, el movimiento tiende a persistir en línea recta, y, por consiguiente, donde ha existido un adelanto anterior es muy difícil admitir la decadencia, aun cuando esté completamente iniciada; hay una predisposición casi irresistible a creer que el movimiento hacia adelante, que ha sido de progreso, y que continúa, es todavía progreso. El tejido de creencias, costumbres, leyes, instituciones y maneras de pensar, que cada pueblo se fabrica constantemente, que produce en el individuo, rodeado por él, todas las diferencias de carácter nacional, no se desteje nunca. Es decir, que en la decadencia de la civilización los pueblos no bajan por el mismo camino que subieron. Por ejemplo: la decadencia de la civilización con respecto al gobierno no nos haría retroceder de la república a la monarquía constitucional y de allí al sistema feudal; nos llevaría al despotismo y a la anarquía. A medida que se manifiestase en religión, no nos volvería a la fe de nuestros mayores, el protestantismo o el catolicismo, sino a formas nuevas de superstición, de las cuales es posible que el mormonismo y otras sectas todavía más groseras puedan dar una idea vaga. Respecto a las ciencias, no nos haría retroceder hacia Bacon, sino hacia los letrados de China.

32

Y cómo el retroceso de la civilización, siguiendo a un período de adelanto, puede ser tan gradual que no llame la atención en su tiempo; más aún: cómo la gran mayoría de los hombres debe tomar necesariamente por adelanto la decadencia, se comprende con facilidad. Verbigracia: hay grandísima diferencia entre el arte griego del período clásico y el del Bajo Imperio; sin embargo, el cambio fue acompañado o, mejor dicho, producido por un cambio de gusto. Los artistas que más rápidamente seguían este cambio eran reputados, en su tiempo, como los mejores. Y lo mismo en la literatura. Se iría haciendo más insípida, pueril y hueca, obedeciendo a un gusto alterado, que consideraría su creciente endebles como vigor y belleza crecientes. El escritor realmente bueno no encontraría lectores; sería tenido por tosco,

seco o pesado. Y así declinaría el teatro, no por falta de buenas piezas teatrales, sino porque el gusto predominante sería cada vez más el de las clases menos cultas, que, por supuesto, mirarían como lo mejor en su género lo que ellos más admirasen. Y de igual modo, en cuanto a religión; las supersticiones que un pueblo supersticioso añadiera serían consideradas como progreso. Entretanto, a medida que la decadencia avanza, si la vuelta a la barbarie no se consideraba como un progreso en sí mismo, parecería una cosa necesaria para hacer frente a las necesidades de los tiempos.

33 Por ejemplo: los azotes, como castigo de ciertos delitos, se han restablecido recientemente en Inglaterra y se han aconsejado en este lado del Atlántico. No expreso opinión sobre si esto es o no mejor que la cárcel, para castigo del delito. Señalo únicamente el hecho, para mostrar de qué manera un aumento de la criminalidad y una mayor dificultad en el sostenimiento de los presos (ambas tendencias son evidentes ahora) pueden conducir a un más completo retorno a las crueldades físicas de los códigos bárbaros. Es fácil ver cómo el uso del tormento en las investigaciones judiciales, que fue aumentado a medida que decaía la civilización romana, se podría solicitar como una reforma necesaria de la ley criminal, a medida que se embrutecieran las costumbres y aumentase la criminalidad.

34 No es necesario investigar si hay alguna señal de retroceso en las manifestaciones actuales de la opinión y del gusto; pero muchas cosas muestran, sin dejar la menor duda, que nuestra civilización ha llegado a un período crítico, y, a menos que se dé un nuevo impulso hacia la igualdad social, quizá el siglo XIX marque su apogeo. Las crisis económicas, que causan tantas ruinas y sufrimiento como el hambre y la guerra, parecen los dolores agudos y las convulsiones que preceden a la parálisis. En todas partes es evidente que la tendencia a la desigualdad, que es el resultado necesario del progreso material donde la tierra está monopolizada, no puede ir mucho más lejos sin hacer entrar nuestra civilización

en un plano inclinado en el cual es tan fácil entrar y tan difícil salir. En todas partes la creciente intensidad de la lucha por la vida, la creciente necesidad de violentar todas las energías para no ser derribado y pisoteado en la rebatiña por la riqueza, están desangrando las fuerzas destinadas a conseguir y conservar el progreso. En todo país civilizado, el pauperismo, el crimen, la locura y los suicidios aumentan. En todo país civilizado aumentan las dolencias que proceden de un exceso de excitación nerviosa, del insuficiente alimento, de las habitaciones inmundas, de las ocupaciones insalubres y monótonas, del trabajo prematuro de los niños, de las fatigas y crímenes que la pobreza hace sufrir a las mujeres. La duración de la vida, que se elevaba gradualmente en todos los pueblos civilizados desde hace varios siglos, y que parece haber culminado hacia el primer cuarto del presente, se manifiesta ahora en disminución (1).

35

No es una civilización que adelanta la que arroja tales cifras. Es una civilización que, en sus corrientes subterráneas, ha empezado ya a retroceder. Cuando la marea pasa del flujo al reflujo en una bahía o ría, no lo hace de una vez, sino que sigue subiendo aquí aunque allí ha empezado a bajar. Sólo porque las sombras disminuyen puede decirse que el Sol cruza el meridiano; porque el calor del día sigue creciendo. Pero tan seguro como a la pleamar seguirá pronto el reflujo; tan seguro como el ocaso del Sol ha de traer la oscuridad, es que, aunque la cultura siga creciendo y la invención adelanta, y nuevas tierras son colonizadas y las ciudades continúan extendiéndose, la civilización, sin embargo, ha empezado a decaer, puesto que, proporcionalmente a la población, tenemos que edificar cada vez más cárceles, cada

(1) Estadísticas demostrativas de todas estas cosas están recopiladas en forma conveniente en un volumen titulado *Deterioration and Race Education*, por SAMUEL ROYCE, que ha sido profusamente distribuido por el venerable Mr. Peter Cooper, de Nueva York. Es muy sorprendente que el único remedio propuesto por Mr. Royce sea la implantación de escuelas de jardín infantil.

vez más asilos, cada vez más manicomios. Las sociedades no mueren de arriba abajo; mueren de abajo arriba.

36 Pero hay testimonios mucho más palpables que los que pueden dar las estadísticas, de la tendencia al reflujo de la civilización. Hay un sentimiento, vago pero general, de descontento; un rencor creciente en las clases trabajadoras; un vasto sentimiento de inquietud y de rebeldía amenazadora. Si esto fuese acompañado de una idea precisa de cómo lograr el remedio, sería un signo de esperanza; pero no es así. Aunque el maestro de escuela se ha generalizado desde hace algún tiempo, la común facultad de enlazar el efecto con su causa no parece haber mejorado ni un ápice. La reacción hacia el proteccionismo, como la reacción hacia otros notorios errores de gobierno, lo demuestra (1). Y ni aun el filósofo librepensador puede considerar el gran cambio en las ideas religiosas que ahora se extienden por todo el mundo civilizado, sin sentir que este hecho tremendo ha de tener las más importantes consecuencias, que sólo el porvenir desarrollará. Porque lo que se está efectuando no es un cambio en la forma religiosa, sino la negación y la destrucción de las ideas de donde nace la religión. El cristianismo no está sencillamente limpiándose de supersticiones, sino que en el alma popular muere de raíz, como murieron los antiguos paganismos cuando el cristianismo vino al mundo. Y no surge nada que lo reemplace. Las ideas fundamentales de un Creador inteligente y de una vida futura se debilitan rápidamente en la conciencia general. Ahora bien, sea esto o no un progreso en sí mismo, la importancia del papel que la religión ha jugado en la historia del mundo muestra la importancia del cambio que ahora se efectúa. A menos que la naturaleza del hombre se haya cambiado de repente en lo que la historia universal

(1) En punto a normas de política constructiva —el reconocimiento de los principios fundamentales y la adaptación de los medios a los fines—, la Constitución de Estados Unidos, adoptada hace un siglo, es muy superior a las últimas Constituciones de Estado, la más reciente de las cuales es la de California —una obra de puros remiendos.

muestra ser su más honda característica, las acciones y reacciones más vigorosas se están preparando de este modo. Tales períodos espirituales han señalado hasta ahora períodos de transición. En menor escala y con menor profundidad (pues, en mi sentir, nadie que observe la tendencia de nuestros libros y hable de tales asuntos con otros, dejará de ver que es el subsuelo y no la superficie lo que las ideas materialistas están ahora laborando), un estado semejante de la opinión precedió a la Revolución francesa. Pero el más exacto paralelo del naufragio de las ideas religiosas que ahora se verifica, ha de buscarse en aquel período de la civilización antigua en que ésta empezó a pasar del esplendor a la decadencia. Ningún mortal es capaz de apreciar el cambio que se verificará; pero que algún gran cambio *tiene que venir*, los hombres reflexivos lo empiezan a sentir. El mundo civilizado se estremece ante la inminencia de un gran movimiento. Una de dos: o ha de dar un salto hacia adelante, que abrirá el camino a progresos aún no soñados, o retrocederá por la pendiente, lo cual nos conducirá hacia la barbarie.